

MARÍA
VILA

LA
LEYENDA
DE LAS
DOS
PIRATAS

VOLUMEN II

bookerli

María Vila

La leyenda de las dos piratas.

Volumen 2



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© María Vila, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

Ilustraciones del interior: Óscar Sarramia

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: noviembre de 2024

Depósito legal: B. 17.839-2024

ISBN: 978-84-08-29476-4

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

CAPÍTULO I

Atardecía, el ocho de septiembre y el interior del comedor de oficiales estaba en penumbra, iluminado tan solo por media docena de velas. El hecho de que la *Black Shadow* estuviera oculta dentro de la cueva les quitaba varias horas de luz. Inés, Victoria, Simonette y Shatidje estaban de pie alrededor de la mesa, todas dobladas hacia adelante, con los codos apoyados en ella, todas vestidas con camisa, pantalón y los jubones-corsés que les había confeccionado Sally, una de las gemelas —o acaso fuera Madge—. El hecho de que las dos atendieran a los dos nombres y ninguna jamás aclarara si era correcto o se trataba de la otra les había conferido una personalidad común en la que no existían Sally y Madge, sino que las dos eran Sally y las dos eran Madge, como si se tratara de una sola persona. Le habían confeccionado a Victoria un jubón de cuero de hombre, de los que se ataban delante y que cumplía las funciones de resguardar de la lluvia, abrigar y defender de las heridas leves, si bien lo habían entallado para que le ciñera el pecho como si fuera un corsé y así sujetárselo evitándole tenerse que vendar. Había tenido tanto éxito que Inés y Shatidje les habían pedido uno también. Solo Simonette vestía el suyo, de hombre, y seguía vendándose el pecho para que no le entorpeciera.

Ahora las cuatro oficiales observaban la carta náutica que la capitán había desplegado en el centro. Sobre ella, dos cucharas y un cuchillo simulaban dos navíos y la dirección del viento. Simonette se mordía las uñas con el ceño fruncido, meneando la cabeza.

—No funcionará —dijo.

El castillo de popa de la *Black Shadow* era mucho más sencillo que el de la *Crazy*. Solo tenía una altura, de modo que el co-

medor de oficiales y la cámara del capitán compartían la tolda. El comedor de oficiales estaba más hacia proa. El camarote del capitán ocupaba la mitad más a popa, y para llegar a él desde la cubierta había que atravesar el comedor de oficiales.

El comedor de oficiales era nuevo, como lo era toda la *Black Shadow*. Aún olía a madera de pino recién cortada, la librería de la pared de popa estaba vacía y las alfombras estaban mullidas como solo lo están las que apenas han sido pisadas. En las paredes de babor y estribor había dos grandes ventanas que debían permitir la entrada de mucha luz durante el día si el navío no pasara los días dentro de la cueva. Junto a la ventana de babor había un escritorio de madera oscura, con una silla de brazos en la que Ruth garabateaba unas cuentas sin prestar atención a lo que ocurría en el lado de estribor, donde estaba la mesa, una gran mesa oscura rodeada de ocho sillas en la que las chicas discutían sobre la carta, la única mesa que había en el navío y la que utilizaban para todo.

—No funcionará —había dicho Simonette, y la capitán había puesto los ojos en blanco ante la frase que más veces había oído repetir a la timonel. Respiró hondo.

—Claro que sí.

Victoria volvió a coger las dos cucharas, una con cada mano.

—Su navío viene navegando por aquí, con el viento de popa —colocó una cuchara sobre el mar de la carta—. Nosotros los sorprendemos desde proa, en una ceñida que ellos no pueden hacer —puso la otra cuchara delante, las dos puntas enfrentadas—. Como en proa no tienen cañones, se ven obligados a virar a babor o a estribor para dispararnos. —A medida que hablaba, movía las cucharas siguiendo su explicación—. Y, entonces, con el viento de través, nosotros somos mucho más rápidos. Los rodeamos, siguiendo su proa hasta ponerlos de cara al viento. Y ahí, los tenemos.

Simonette meneaba la cabeza. Cuando Victoria soltó las dos cucharas, la timonel las cogió. Volvió a enfrentarlas de pico tal y como había comenzado Victoria.

—Ellos tienen el viento de popa y vienen rápidos, con todas las velas desplegadas. Nosotros venimos de ceñida hacia ellos, de frente —ahora le tocaba a ella mover las cucharas—. Cuan-

do estemos cerca, ellos se atravesarán para dispararnos, tal y como habéis dicho —atravesó la cuchara de la derecha haciendo una T—. Y, aunque vos decís que aquí somos más rápidos, si hacen esto nos cortan el viento —señaló el cuchillo sobre la mesa—. Nos quedamos a sotavento, con las dos, tres o cuatro velas y todo el casco de su navío tapándonos el viento. No podemos maniobrar. Ellos abren fuego y... ¡bum! Nos destrozan, y la *Black* se va a pique.

Acabada su exposición, la timonel soltó los cubiertos y se alejó de la mesa para estirar la espalda. Victoria, Inés y Shatidje miraban las cucharas, pensativas. La capitán apoyó la mejilla sobre el puño. ¡Diantre! Como siempre, Simonette tenía razón.

—Entonces... Nuestras velas latinas no tienen ninguna ventaja. Tan rápidos como somos y no podemos hacer nada.

El tono de voz de Victoria era algo intermedio entre una queja y una pregunta.

—Si ellos tienen el viento de popa, no —contestó Simonette. Hubo un silencio.

—En ese caso —dijo Shatidje— habrá que intentar que no lo tengan. ¿Por qué no darles caza con el viento de través, como hemos hecho hasta ahora?

Ahí estaba la clave. Como habían hecho hasta ahora. La primera semana después de robar la *Black Shadow* se habían mantenido ocultas. Habían aprovechado para darle bien de brea y oscurecerla y para teñir el otro juego de velas, el que estaba en el navío. También habían borrado el nombre que tenía, *Birdie of Crossbay*, y habían escrito en blanco *Black Shadow*. La habían abastecido y habían seguido con sus juegos de guerra.

Las dos semanas siguientes, con los hombres de Downing y parte de los oficiales de la Corona aún buscando la carabela, salían solo de noche y recorrían únicamente una distancia que les permitiera regresar a la cueva antes del alba. Si veían algún navío sin artillería, lo atacaban. La estrategia era simple: se aproximaban sin luz, por barlovento, y cuando los tenían cerca abrían las portas de sus cañones y Victoria, subida a la escala del palo mayor, les gritaba, espada en mano, que se rindieran o abrirían fuego. Si tardaban en rendir las armas, la cuadrilla de Úrsula disparaba algunas flechas como último aviso. Las dos ve-

ces que habían obrado así había sido suficiente. Los pocos hombres armados que llevara el navío rendían las armas y Shatidje, Victoria, Claire, las dos prostitutas y las cinco mujeres de Úrsula abordaban el navío lanzándose sobre él desde unos cables atados a una antena. Las demás se quedaban a bordo con Simonette para maniobrar la carabela abarloada al navío saqueado el tiempo que durara el abordaje.

La primera vez, cuando Victoria se lanzó al interior, un hombre que se había dejado un cuchillo escondido se lanzó contra ella y Helen tuvo que abrir fuego desde el palo. La vigía no falló, y aquello acalló a los que aún dudaban si rebelarse. La segunda vez, cuando revisaban la bodega, Shatidje se encontró con resistencia por parte de un marinero que se ocultaba allí y tuvo que matarlo también. Pero ambos ataques habían salido bien. No habían tenido bajas y la única herida de guerra había sido un leve corte en las costillas de la turca.

Sin embargo, los botines habían sido escasos y ahora eran más chicas a repartir —Ruth había calculado que necesitaban un mínimo de veinte libras semanales para poder hacer frente a todos los pagos—. Además de que ninguna se sentía cómoda saqueando a pequeños mercaderes. Siempre es más fácil robar al que más tiene. Por ello, ahora que los oficiales debían de haberse cansado de buscarlas y que solo perseverarían los hombres de Downing, habían pensado en aventurarse más lejos y enfrentarse a navíos grandes. El problema de un navío más grande era que, sin duda, tendría artillería.

—Hablamos de navíos armados, Sha —contestó Inés—. Y aunque ocho cañones por banda, como tenemos, no es poco, los que tenemos son de dieciocho libras, y es fácil que cualquier navío grande nos doble en calibre.

—Es cierto —concedió la timonel—, pero Shatidje tiene razón.

La turca miró a Simonette con escepticismo. ¿Le había dado la razón? Los ojos de las tres chicas se clavaban ahora en la timonel.

—Sabemos que van a tener artillería y que la van a usar contra nosotras, pero, si maniobramos bien, solo dispararán una vez. Si nos aproximamos por barlovento —la timonel volvió a coger las cucharas y el cuchillo. Esta vez puso la cuchara que

hacía las veces de navío enemigo en perpendicular al cuchillo, y colocó la otra cuchara, la que se suponía que era la *Black*, entre los dos cubiertos—, nos dispararán en cuanto estemos a tiro. Cuando lo hagan, debemos alejarnos de nuevo, en una ceñida contra el viento que ellos no pueden hacer, intentando reducir los daños. Y entonces, muy rápido, volvemos a acercarnos a ellos y a abordarlos. En un largo, no hay navío más rápido que el nuestro. Podemos aproximarnos en el tiempo que tardan en recargar los cañones.

Victoria miró la mesa una vez más. Sí, como mejor navegaba la *Black* era con el viento de largo, ni completamente de popa ni completamente de lado, sino a la mitad de los dos. Era más efectivo que la empopada porque el viento, además de empujar las velas, empujaba el casco. Pero lo que proponía Simomette no era una maniobra sencilla.

—¿Nos acercamos por barlovento, los provocamos, nos alejamos cuando disparen y regresamos antes de que recarguen? —repitió Victoria.

La timonel asintió.

—¿Y si se alejan? ¿Si se abren para ponerse de popa y huir?

—Les estaremos quitando el viento. No es que nosotros le vayamos a tapar mucho, porque somos más pequeños, pero... No podrán huir tan rápido como nosotros acercarnos.

—Y cuando estemos a su lado —añadió Shatidje—, abrimos fuego. Un dieciocho es un calibre pequeño, pero si esperamos a estar a su lado... podemos destruirlos.

—Sobre todo, si disparamos a la altura de su artillería. Impediremos que nos vuelvan a disparar —intervino entonces Ruth desde el escritorio.

La judía acababa de levantar la vista de su cuaderno de contabilidad. Ahora que no tenían un despacho separado, era en el comedor de oficiales donde revisaba las cuentas y actualizaba los diarios. Además, tenía permiso del capitán para entrar en su camarote, donde guardaban el arcón con la tesorería, para tomar o guardar el dinero que le hiciera falta.

Victoria se dejó caer en una silla e Inés se volvió a revisar la estrategia sobre la carta. Aguantar una andanada de artillería no se le antojaba un plan demasiado bueno.

—Atacar por barlovento —repetía Victoria—. No estamos inventando nada nuevo.

—Desgraciadamente, capitán —dijo la turca—, en esto hay poco que inventar. Al final, donde deberéis demostrar pericia es cuando estemos en el combate, ordenando la maniobra, decidiendo cuándo acercarnos, cuándo disparar...

—... y cómo utilizar el viento y el mar —apuntó Inés, aún mirando la carta—. Si atacamos navíos grandes, podemos aprovechar también el poco calado que tenemos para que no se nos acerquen demasiado cuando vayan a disparar o para que no se nos alejen cuando vayamos por ellos. Acorralarlos contra la bahía o refugiarnos en ella.

Victoria asintió desde su silla.

—Pero seguimos siendo pocas para utilizar la artillería.

Ruth se puso en pie y se aproximó a la mesa en la que las oficiales discutían.

—Eso es cierto, pero si solo vamos a disparar una vez, podemos dejar los seis cañones de abajo cargados y solo necesitaremos dos chicas por pieza para que los frenen con los pies de cabra. Incluso con cuatro chicas me las apañaría, porque nos iríamos moviendo de cañón en cañón, disparando dos cada vez. Bonny y yo dispararíamos y dos pares de chicas frenarían el retroceso.

—Navegar con los cañones sin trincar es una locura —se opuso Inés—. Sobre todo, si vamos a tener que aguantar su andanada primero. Se soltarán y será como tener seis arietes en la cubierta.

—Los trincamos cargados. Los suelto cuando vayamos a disparar. En lo que más se tarda es en separar el cañón, cargarlo y volverlo a acercar. Sé que es peligroso, pero menos que acercarnos a un navío con artillería y nosotros sin ella.

Inés seguía meneando la cabeza.

—¿Y dejamos los cañones sin trincar después de que los disparéis?

—Shatidje, ¿de quién podemos prescindir en el abordaje, además de Ruth? —preguntó Victoria.

—¿En el abordaje de un navío armado? Yo diría que de ninguna —contestó la turca.

—Si ellos están recargando sus cañones —contestó Ruth— tampoco podrán luchar. Y si volamos su cubierta de artillería, perderán muchos hombres.

Sha suspiró.

—Podemos prescindir de Bonny y de las tres gavieras, que en todo caso se iban a quedar en la *Black*. De Bert y de Dora. A Helen la necesitamos en la cofa para cubrirnos.

—¿Y Rosalyn? —preguntó la capitán.

—Explicadle vos a Rosalyn que se quede en la *Black* tirando de un cañón en lugar de abordar el otro navío. Sabéis lo que le ha costado aprender a lanzarse desde el cable. No se ha torcido el tobillo en vano para que ahora la dejemos fuera.

Victoria asintió. Además, Rosalyn tirando del cañón solo lastraría a las demás.

—Son suficientes —dijo Ruth—. Si no queréis tener ningún cañón sin trincar, puedo disparar con Dora y Emily a mi lado frenando cada cañón, y que las otras cuatro lo coloquen en su sitio y lo trinquen mientras nosotras tres liberamos y disparamos el siguiente. Es más, si me dejáis a la niña, ella puede enfriarlo con la esponja antes de que lo coloquen.

Inés, Shatidje y Victoria se negaron a la vez.

—Jerusha permanecerá en la bodega —dijo Victoria.

Shatidje suspiró.

—Quédate a Claire. Que Bonny enfríe los cañones. Aunque Bonny haya cogido peso desde que ha dejado de vomitar, Claire tiene más fuerza y es la que más rápido los trinca. Emily lo destrinca y tú lo disparas, Emily y Dora los frenan y, mientras pasáis al siguiente, Bonny lo refresca y las otras cuatro lo vuelven a poner en su sitio para que Claire lo asegure. No dispararemos los seis a la vez, pero los habremos disparado todos en menos de un padrenuestro.

Simonette volvió a negar con la cabeza.

—¿Y yo gobierno el navío sola? La caña, las velas..., ¡todo!

—No tenemos opción, Simonette —dijo Victoria—. Pero intentaremos dejarte sola el menor tiempo posible.

Se hizo un silencio en el que las cinco mujeres asimilaban sus roles. Finalmente Inés intervino.

—¿Entonces lo haremos así?

Todas la miraron sin entender.

—¿Nos acercaremos para abordarlos abriendo fuego contra su cubierta de artillería? —preguntaba la condesa.

Victoria asintió.

—Esa es la idea.

—¿Sin darles oportunidad de rendirse? ¿De bajar las armas sin luchar?

La capitán por fin entendió adónde quería llegar su amiga. Por si no había quedado claro, Inés insistió:

—¿Solo porque su navío esté armado tenemos que disparar a la cubierta de artillería donde, probablemente, habrá hombres que no sean de armas y acaso niños llevando los cartuchos de pólvora? Y eso sin considerar cuántas de nosotras caeremos en cada ataque. Aunque, claro, no habrá muchos ataques porque con que perdamos a un par de chicas ya no podremos volver a utilizar esta estrategia.

El silencio caía en el comedor como caía la noche. Por fin Victoria contestó:

—Tienes razón. Debemos darles una oportunidad de rendirse.

—Cuando nos acerquemos la primera vez para provocar que nos disparen, podemos pedirles la rendición —apuntó la turca—. Si abren fuego contra nosotras, entonces... seguimos con el plan. Si por el contrario suben los hombres a cubierta alejándose de los cañones y deponen las armas, no disparamos.

Victoria asintió. Se volvió hacia su amiga.

—¿Te parece mejor así? —preguntó la capitán con dulzura.

Inés asintió. Darles la oportunidad de rendirse era un torpe alivio para su conciencia, pero alivio al fin.

La estrategia quedó establecida. Ya solo quedaba decidir a dónde irían. Jerusha trajo la cena y las jóvenes recogieron la carta náutica. Ruth se retiró a cenar en cubierta, como las demás, y las cuatro oficiales siguieron su discusión. Descartaron ir al norte, hacia Escocia, puesto que ahí apenas había tráfico marítimo, y descartaron también la costa oeste por el riesgo de encontrarse con piratas irlandeses, Grace O'Malley y compañía. Al final, la respuesta obvia era el sur, el canal de la Mancha: Dover, Brighton, Portsmouth, Southampton, Plymouth... Necesi-

tarían otro lugar más cercano en el que ocultarse, puesto que el canal de la Mancha, navegando día y noche, estaba a cuatro días de John's Pipe, tres y medio con buen viento.

—En Southampton y cerca de Chichester hay muchas ensenadas donde recalán los pesqueros —apuntó la timonel—. Con marea alta podríamos ocultarnos allí y varar la *Black*. Pero deberemos reconocer bien la zona, porque yo nunca he navegado lejos de estas aguas.

—Creo tener derroteros del canal —contestó Victoria acabándose la sopa de tomate—, y por supuesto que la estudiaremos antes.

—Y asegurarnos de que no nos descubren —añadió Inés—. Si nos encuentran, no me gustaría tener la *Black* encallada en la arena sin posibilidad de huir.

—Habrá que navegar solo de noche y disfrazarla por el día —dijo Victoria.

—Entonces, deberemos zarpar ya —apuntó Shatidje—. Si navegamos solo de noche, tardaremos más de una semana en llegar al canal, y dos o tres días más en encontrar un buen escondite.

La capitán asintió.

—Mañana por la noche zarparemos.

Shatidje se puso en pie.

—Avisaré a la tripulación —dijo, y salió del comedor. No se había terminado la sopa de tomate.

Cuando cayó la tarde del día siguiente, la *Black* zarpó con la marea. A oscuras, abandonó su cueva en una maniobra que habría resultado difícil para cualquier timonel que no hubiera crecido en esa ensenada. Simonette podía navegar la bahía de John's Pipe de noche cerrada y sin luna. Salieron a mar abierto y comenzaron su travesía hacia el sur. Esta vez no iban buscando presas. Se cruzaron algunos barcos que se alejaron al divisar la carabela de velas negras, pero no les prestaron atención. Pasaron Holy Island, y Simonette, en la caña, le comentó a la capitán que detrás de la isla, en Warren Mill, había un buen lugar para esconder el navío, pero lo pasaron de largo porque estaban demasiado cerca como para recalár allí.

La *Black Shadow*, con el viento nocturno y todas las velas desplegadas, surcaba el mar veloz, a sus buenos seis nudos. A esa velocidad podrían recorrer casi cincuenta millas durante la noche. Lo malo del verano era que las noches eran cortas, demasiado cortas.

Amanecía cuando dejaron atrás Blyth. Colocaron en popa una tabla que rezaba *God's Glory* en letras doradas y que tapaba por completo el verdadero nombre del navío: *Black Shadow*. Recogieron las velas, soltaron la mesana negra y, dirigidas por Emily, la cambiaron por una blanca. Taparon las velas oscuras con sus fundas y solo con la mesana navegaron hasta encontrar una cala resguardada. Victoria la marcó en su mapa. Fondearon y las chicas descansaron durante el día. Como no había dormitorio de oficiales, Ruth y Simonette compartían el pequeño camarote que había a popa, en la cubierta de artillería, y que se creó como un dispensario. La timonel dormía en la cama y la judía en la camilla, si bien tenían pensado que, si alguna vez algún enfermo debía pasar la noche allí, Simonette dormiría en una hamaca, como Shatidje y las demás, entre los cañones, y la judía se quedaría velando al enfermo.

La turca no había tenido ningún inconveniente en cederle la cama a la timonel. Entendía que era importante que esta descansara mejor que el resto, y le gustaba compartir su espacio con las otras mujeres. Ahora que con frecuencia todas las oficiales comían juntas en el comedor, la contramaestre prefería dormir con las demás para escuchar a Claire tocar su gaita, a Rosalyn contar sus chismes y, en general, estar al corriente del ánimo de la tripulación.

Victoria, como era lógico, dormía en el camarote del capitán. Era un camarote amplio y lleno de luz que, nada más pisarlo, le recordó a la princesa al camarote de Miguel. Ocupaba toda la popa y estaba cubierto de ventanales. Tenía la cama —una cama grande, con dosel— en el lado de estribor con el cabecero apoyado contra la pared de proa, de modo que a sus pies y a los dos lados Victoria tenía los ventanales y podía ver el mar tanto por popa como a babor o a estribor. En el lado de babor, también pegada a la pared de proa, había una cámara diminuta en la que solo cabía una litera estrecha, y una escoti-

lla con una escalera que bajaba a la cubierta de artillería. Aunque debió de fabricarse para el ayuda de cámara del capitán, era Inés quien dormía allí. Al principio la princesa propuso partir el dormitorio principal para que Inés también tuviera un camarote en condiciones y dejar el cuartito con la litera para Jerusha, pero la condesa se negó. Le gustaba aquel espacio reducidísimo, con su trampilla que daba acceso a la cubierta donde dormían las chicas y su puertecita que le permitía estar junto a Victoria. Al final, en el día a día, esa puerta estaba siempre abierta y era como si las dos durmieran juntas de nuevo. Y aquello las había vuelto a unir. Se ayudaban a vestirse y a peinarse la una a la otra, compartían la ropa del armario, intercambiaban impresiones, se hablaban cuando no lograban conciliar el sueño... y casi todos los días, después de fondear o bien al despertarse, Inés le enseñaba a la princesa a hablar español leyendo juntas el libro de poesía que le regaló el capitán pirata a Victoria.

Durante las siguientes noches, repitieron la rutina. Recalaron en Robin Hood's Bay; en la desembocadura del río Humber, fuera de la vista; en una cala cerca de Wells next the Sea... Zarpaban al atardecer, cuando los barcos llegaban a las bahías, y fondeaban temprano por la mañana, cuando estos partían. Si se quedaban a la vista o debían navegar de día, escondían las velas en su funda blanca, cambiaban la mesana por la blanca y navegaban solo con esta. El cambiar la vela era una labor pesada, pero no podían permitir que las descubriesen y, después de tres semanas, solo los hombres de Downing seguirían buscando una carabela de velas blancas.

A medida que navegaban hacia el sur, la costa se hacía menos escarpada, y en lugar de calas escondidas y acantilados, se encontraban millas y millas de playas donde no había escondites. En Lowestoft debieron navegar hacia el interior de la desembocadura del lago Lothing para no estar a la vista de todas las naos que navegaban por la costa, y a la noche siguiente tuvieron que navegar casi cincuenta y cinco millas para encontrar un buen escondite: la isla de Mersea. Esta isla se parecía a Holy Island en que, con la marea baja, prácticamente se podía caminar hasta tierra firme y conformaba un excelente escondite,

pues eran pocos los barcos que se podían refugiar detrás de ella. No hizo falta ni cambiar las velas. Continuaron hacia el sur, para volver a recorrer millas y millas de playa. Pasaron el delta del Támesis y fondearon en Ramsgate, demasiado expuestas para estar cómodas. Antes de que cayera el sol, se apresuraron a seguir hacia Dover.

Las primeras millas del canal resultaron ser un infierno para las jóvenes piratas. Había un excesivo tráfico de barcos, lo que imposibilitaba atacar a nadie, y la costa era suave, sin recovecos ni escondites. Pasaron Dover. No se les ocurriría fondear allí y, cuando estaba próximo el amanecer se dieron cuenta de que no iban a encontrar ningún buen escondite por allí y se tuvieron que dar la vuelta. Fondearon en Folkerstone cerca del mediodía. La única ventaja era que, si bien ese tráfico marítimo les iba a impedir piratear en esas aguas, por otro lado, con tanto barco no llamaban la atención. Había tafurcas, naos, galeones, galeoncetes, carabelas, carracas... de todas partes, y con velas de todos los colores. Descansaron poco y continuaron hacia el oeste, dando la vuelta a la enorme isla de Bretaña. De nuevo les sorprendió el día cerca de Newhaven y tuvieron que conformarse con un mal escondite en la desembocadura del río Ouse. Y, cuando ya estaban tentadas de regresar hacia el norte, a sus costas llenas de acantilados y olvidarse de tanta playa, el paisaje cambió. A diez millas de Newhaven estaba Shoreham by the Sea, y diez millas más lejos un lugar llamado Littlehampton, en la desembocadura del río Arun. Y aunque ahí no había acantilados ni cuevas, la costa se llenaba de recovecos formados por el delta de los ríos, lagunas con docenas de ramificaciones y estuarios de poca agua donde la *Black* estaría a salvo de los galeones y barcos de mayor calado. Muy cerca estaba Pangham Lagoon, un paraíso para ocultarse, y a otras nueve millas más, Chichester, con la misma orografía. Y, si proseguían un poco más, llegaban a la isla de Wight, un lugar privilegiado, por cuanto podían fondear detrás de ella y quedar fuera de la vista. Allí el tráfico marítimo se reducía, porque la costa inglesa volvía a alejarse de la francesa y se ampliaba el canal, pero todavía se hacía difícil el poder asaltar a ningún navío. Las chicas decidieron proseguir un poco más. Poole, Weymouth, Torquay,

Plymouth. Habían encontrado su lugar. Navíos pesados y de mucho más calado que el suyo y costas llenas de escondites. Pero continuaron explorando hasta llegar a la punta suroeste de Inglaterra, donde se acababa la isla y se abría el océano Atlántico. Por allí venían los barcos de África y de las Indias cargados de tesoros. Y a menos de veinticinco millas estaban las islas Sorlingas.

—Yo no fondearía allí —advirtió Shatidje—. Esas islas están llenas de piratas.

—¿Y qué somos nosotras? —preguntó Victoria con una sonrisa.

Cuando se adentraron en el archipiélago sin cambiar las velas, las sobresaltó un cañonazo.

—¿Desde dónde han disparado? —preguntó Victoria.

Helen señaló a la isla de Saint Mary's.

—Creo que es un disparo de aviso.

Inés asintió.

—Deben de tener a alguien vigilando por si la Corona manda una flota a limpiar las islas. De cuando en cuando lo hacen.

Fondearon entre Saint Mary's y Saint Martin's y apenas descansaron. Había otro navío anclado allí también. Con el catalejo Victoria comprobó que la cubierta estaba tan sucia que no necesitaba brea y los marineros tenían un aspecto muy similar al de los hombres de Rogers. Estaba oteando el castillo de popa cuando le sorprendió ver al capitán, con otro catalejo, observándola a ella. Era un tipo feo y desaliñado, que vestía una casaca roja con más mugre que la ropa de un mendigo y llevaba trenzas en la barba espesa. Se apresuró a apartar la vista.

—Zarpamos con la puesta de sol —anunció Victoria—. No tengo ningún interés en intercambiar chanzas sobre nuestro oficio con ellos.

Inés le tomó el catalejo de la mano y observó al capitán, que seguía estudiándolas con descaro.

—Pues parece que ellos sí.

—Zarpamos con la puesta de sol —repitió la rubia con un bufido, y Shatidje sonrió sin decir nada más.

Al atardecer zarparon de regreso a Falmouth, a un lugar oculto en la desembocadura del río Helford. Llegaron al ama-

necer, con la marea, y tuvieron que varar la *Black*, porque cuando descendiera el nivel del agua el navío se quedaría con el casco sobre la arena, pero aquello se parecía más a lo que acostumbraban. Como hacían cada día con la salida del sol, «desayunaron» y todas menos la que estaba de guardia —le tocó el turno a una de las gemelas— se retiraron a descansar.

Mientras Victoria se quitaba las botas, llamaron a la puerta del camarote. Era Ruth, que venía a decirle lo que ella ya sabía: habían pasado dieciocho días desde que zarparon de John's Pipe y la bodega estaba casi vacía. Victoria suspiró. Inés la miraba desde la puerta de su cámara, apoyada en el quicio con los brazos cruzados. La capitán asintió despacio.

—Ruth, dile a Shatidje que venga, por favor. Quiero que informe a las chicas de que hoy por la noche abordaremos un navío, para que estén preparadas. Que todas descansen, incluso la que esté de guardia.

La judía asintió y se retiró.

—De modo que ha llegado el momento —murmuró Inés, el semblante serio, los brazos cruzados.

—Así es. Será mejor que intentes descansar. Me temo que este combate será diferente a todos los que hemos emprendido hasta ahora.

—Eso temo yo también —contestó Inés. Y añadió—: Que Dios nos ayude. —Si bien no creía que Dios estuviera por la labor de ayudar a la banda de descarriadas que habían hecho de la piratería su vida.

Se retiró a su camarote, se tumbó en la litera y cerró la puerta de una patada. Sin quitarse las botas, subió los pies a la cama y se tapó la cara con el almohadón. Por primera vez le molestaba la luz del día para dormir.

Llegó la noche y navegaron hacia el sur, hacia el centro del canal, hasta que vieron un barco francés que navegaba con el viento de través, a sotavento de su posición. Tenían el viento y la corriente a su favor. Era el momento, la oportunidad que habían esperado. Las muchachas corrieron a cargar los cañones. Abrieron las portas y los dejaron cargados y en posición, pero trincados, para que no se movieran, conscientes del peligro que entrañaban si se incendiaba la cubierta de artillería.

Después cada una ocupó su posición: Claire, Emily, las dos gemelas, Bonny, Bert y Dora permanecieron en la cubierta de artillería, a las órdenes de Ruth; las mujeres de Úrsula se desplegaron por el combés, buscando un buen lugar desde el que disparar; Shatidje, Rosalyn, Inés y Victoria se prepararon para el abordaje. La capitán, subida a una escala, con la espada en la mano y calada con sombrero de ala ancha, se dispuso a darles un ultimátum. Simonette inició la maniobra de aproximación. Abrió el rumbo y las velas se llenaron con el aire más de popa.

—¡Dadle más cabo a la mayor! ¡Necesito que alguien suelte cabo de mayor y mesana! —gritó.

Inés y Shatidje obedecieron. Cada una soltó cabo de una vela para que cogieran más aire con el cambio de rumbo.

—¡No os vayáis! ¡Necesitaré que cacéis deprisa para ceñir! —pidió Simonette.

Se acercaban. Inés se agarró a la barandilla. Las náuseas, las náuseas de nuevo. Estarían a unos trescientos pies del barco francés. Era una carraca grande, de tres palos y ocho cañones por banda. Pese a ello, no había más de seis hombres en cubierta, armados con mosquetes y espadas. Seis eran muy pocos.

Victoria les gritó desde la jarcia que se rindieran, que dejaran las armas y que nadie resultaría herido. Sonó un disparo y la capitán tuvo que agacharse para esquivar la bala de mosquete. Les gritó de nuevo en francés, y entonces se abrieron las portas de los cañones y por ellas asomaron las ocho bocas de las ocho piezas de treinta y seis libras. Con razón apenas se veía movimiento en cubierta. La capitán se agarró con todas sus fuerzas a la escala.

—¡Halad! —gritó Simonette, al tiempo que viraba para alejarse del navío.

Inés tiró de aquel cabo como si le fuera la vida en ello. La *Black Shadow* crujió cuando la timonel lo puso casi contra el viento, pero respondió como Simonette y Shatidje sabían que haría. Tronaron los cañones de la nao francesa en un estallido terrible, pero la *Black* ya no estaba donde habían imaginado los franceses. En lugar de estar en paralelo, junto a la nao, se había quedado clavada en el mar, ofreciéndoles la popa en una ceñi-

da imposible para un barco con el aparejo de la carraca y demasiados pies atrás como para que acertaran. Las ocho balas se hundieron en el agua.

—¡Ahora! —gritó Victoria.

Simonette abrió de nuevo el rumbo, Shatidje e Inés soltaron cabo y, como si un banco de peces tirara de ella, la *Black Shadow* se acercó de nuevo a la nao francesa. Venía por popa, porque habían perdido una buena distancia al apartarse, pero venía más rápida, y no tardaría en cortarle el viento y darle caza. Los marineros franceses salían a riadas a cubierta. Estaban a menos de doscientos pies cuando empezaron a lloverles flechas. Solo eran cinco mujeres disparando, pero, en el minuto que tardaron en aproximarse, las mujeres de Úrsula dejaron caer sobre la nao francesa más de ochenta flechas.

—¡Preparaos para el abordaje! —gritó Victoria.

Inés no aguantó más. Se dobló sobre la baranda y vomitó ante la mirada de sorpresa de Rosalyn y de las mujeres de Úrsula. Tres arcadas. Se recompuso tan rápido como pudo y trepó a una escala, asiendo uno de los cables. Shatidje estaba a su lado.

—Yo te cubro —le oyó decir a la turca.

Las flechas sembraban el caos en la nao francesa, pero pronto los hombres se prepararon a repeler el ataque con sus arcabuces y mosquetes. El primer disparo no se oyó, porque coincidió con el tronar del primer cañón de la *Black*. ¡Pum! La bala del cañón de dieciocho libras chocó contra el casco de la carraca levantando astillas. Cinco segundos después vino otro disparo. Y otro, y otro..., hasta seis. Estaban a escasos treinta pies y las balas reventaban el casco.

—¡Ahora! —gritó Victoria.

Inés se aferró al cable y se lanzó al interior del barco. No pensó ni miró cuántos hombres habían quedado vivos, con cuántos tendrían que luchar. Cayó sobre la madera y solo vio al marinero que tenía delante con un mosquete. Y entonces entendió las palabras de Fred, porque solo había matar o morir. Era su vida o la del que le iba a disparar. Y, una vez más, su cerebro se apagó mientras su mano derecha buscaba el cuchillo más equilibrado y lo lanzaba contra él. Y el tiempo se detuvo. No es que se detuviera y le permitiera pensar con claridad: ya

no pensaba. Se detenía para permitir que cada sensación durara más. Sentía más: veía más, olía más, oía más. Oyó los gritos, y el chocar de los aceros, y el disparo del mosquete del hombre que tenía frente a ella. Sintió la bala ardiendo cuando le rozó el hombro. Sintió el olor a pólvora y sudor del hombre que se le acercaba por la izquierda, y su sangre caliente cuando le salpicó al clavar su otro cuchillo, el más largo, en el vientre de aquel hombre. Sintió, más que ver, la presencia del marinero que le lanzaba un tajo a su derecha, y se agachó, y se hundió en su espacio, y buscó su vientre de nuevo y le hundió el cuchillo en las tripas... Y, sin embargo, cuando se enfrentó a un cuarto que la atacaba con una espada y cuya estocada tuvo que defender apartando el filo con el brazo, le sorprendió que apenas sintió el dolor del acero al cortarle la piel y el músculo. Sintió más, de nuevo, el olor y el calor de la sangre de su adversario cuando volvió a hundir su cuchillo en él. Y, entonces, sintió que le tocaban el hombro y se volvió como una fiera para encontrarse a Shatidje, con el ojo izquierdo sangrando y el alfanje teñido de rojo en su mano derecha.

—Ya está —le susurró la turca apartándose para que no la atacara. Y repitió—: Ya está.

Inés miró a su alrededor, y poco a poco su mente volvió a encenderse. La cubierta de la nao francesa estaba llena de hombres heridos y moribundos, muchos perforados por las flechas de las mujeres de Úrsula, algunos desangrándose de los tajos de Shatidje. Solo una decena estaban de pie, en el centro de la cubierta, desarmados y mostrando las manos vacías. Victoria estaba de pie ante ellos. Tenía la camisa manchada de sangre y el rostro tiznado de pólvora, pero parecía ilesa. Se volvió, y al ver a la condesa le sonrió.

—Shatidje, Claire. Registrad el navío.

Emily estaba cortando los cabos de sus velas y dejaba la nao al paio. La mujer de Úrsula a la que llamaban Mula buscaba flechas enteras por la cubierta. La *Black* navegaba a babor, a menos de veinte pies, solo con la mayor.

Inés sacó su cuchillo del hombro del marinero del mosquete. Tenía un corte profundo en el cuello y la sangre aún borbotaba a los dos lados de la tráquea: la firma de Shatidje. Se guar-

dó el cuchillo en el cinto y se acercó a la princesa, que en aquel momento le decía al segundo de a bordo en su precioso francés de palacio que todo aquello se podía haber evitado si hubieran depuesto las armas desde el principio. Después les preguntó si su físico vivía. El hombre asintió, señalando a uno de los diez que permanecían en pie, y Victoria le ordenó que atendiera a los heridos. Cuando el físico se apartó del grupo para obedecer, la princesa le puso la punta de la espada en el cuello.

—*Sans héroïsme* —le advirtió.

El hombre asintió y corrió a socorrer a los que aún vivían. Entonces Victoria miró de nuevo a Inés, se acercó a ella y le levantó el brazo para mirarle el tajo. La sangre manaba rápida, escurriéndose por el interior de la mano y goteando en cubierta.

—Ve a que te cosan.

La condesa asintió y comenzó a alejarse.

—Inés —le detuvo la princesa.

Inés se volvió.

—Has luchado..., has estado increíble.

La condesa asintió y se alejó de allí. Estaba deseando abandonar aquel navío.

Simonette acercó la carabela para facilitarle a Inés el lanzarse de regreso. Cuando cayó en cubierta, vio a Ruth, a Helen, a Úrsula y a Rosalyn alrededor de un cuerpo. Ruth estaba de rodillas a su lado. Cuando llegó hasta ellas, vio que se trataba de Anne, la segunda de Úrsula. La mujer tenía un balazo en el pecho y el jubón y la camisa empapados en sangre.

Ruth meneó la cabeza.

—No hay nada que hacer.

Úrsula apretó la mandíbula y contestó con su extraño acento:

—Nunca le gustaron los mosquetes.

La judía le pasó la mano sobre los párpados, como si fuera a cerrárselos, aun cuando ya los tenía cerrados, e Inés se agarró a la jarcia para no caerse. La habían matado, a Anne.

—Los estaba destrozando con el arco —murmuró Helen—. El vigía se dio cuenta y le disparó desde la cofa. Yo... reaccioné demasiado tarde.

Inés miró a lo alto de la cofa del navío francés. Doblado sobre el nido del palo mayor colgaba el cuerpo de un hombre.

Helen lo había matado, pero no antes de que él matara a Anne. A Anne. Aquello le pareció a la condesa lo más absurdo del mundo. Con todas las que eran, habiéndose lanzado Shatidje, Rosalyn, Victoria y ella misma al navío contrario sin tener la menor idea de lo que era un combate cuerpo a cuerpo, a la que habían matado había sido a Anne, que había permanecido en la *Black*; a Anne, que, probablemente, junto con las otras mujeres de Úrsula, era la que mejor luchaba de la tripulación. No habían matado a Rosalyn, que no sabía nada de combatir, ni a Emily, ni a las gemelas, ni a ella, que había entrado sin pensar. Habían matado a Anne porque sabía lo que hacía, porque era la peor amenaza, igual que Helen había entendido que a quien tenía que disparar era a su vigía. Pero no tenía sentido que hubiera muerto ella antes que Rosalyn, que estaba de pie, a su lado, con un hilo de sangre manándole de la cabeza, pero viva. Y en el fondo se sintió devastada porque, a pesar de la sensación que tenía de no entender nada, prefería que hubiera sido así y no hubieran caído ninguna de las primeras chicas. O eso creía. De pronto tuvo la necesidad de asegurarse de que no había muerto nadie más.

—¿Ha habido...? —tenía la boca seca. Tragó saliva y lo volvió a intentar—. ¿Ha habido más bajas?

Ruth se volvió moviendo la cabeza. Al hacerlo, vio el tajo de Inés goteando incesante, formando en un minuto un charco de sangre a su lado.

—Ven que te cierre eso. Y a ti —añadió señalando a la prostituta—. Aquí ya no puedo hacer nada más.

Y las dos siguieron a la judía a la enfermería.

De forma inexplicable, le dolió a Inés más cada puntada que el tajo en sí, aunque lo que más le dolía era la quemadura en el hombro de la bala que la había rozado. Estaba sentada en la camilla, mirando cómo le cosían la cabeza a Rosalyn, cuando entró Shatidje con el ojo izquierdo sangrando todavía mucho.

Ruth levantó la vista de lo que hacía.

—¿Has perdido el ojo?

La turca meneó la cabeza.

—Es un corte en la ceja. No tiene importancia.